

## CAPITULO CCLXXVIII.

Representacion del cardenal Portocarrero.—Continúa la guerra con Francia.

Sin tener en cuenta el disgusto ocasionado por los anteriores acuerdos, instituyóse otra nueva junta de ministros, la cual tomó algunas disposiciones de momento para remediar la penuria que alligaba al país, únicas disposiciones de que se ocupó.

La otra junta, llamada de los *Tenientes*, á cuyo cargo corría el levantamiento de tropas para sostener la guerra contra Francia, acordó, sin tener en cuenta ni el disgusto que podía producir la medida ni los inconvenientes de ella, que por cada diez vecinos facilitasen todas las ciudades, villas y lugares del Reino, un soldado.

Completamente ineficaz fué este medio, pues unos se fugaban para evitar aquella conscripción, y otros, protegidos por los mismos oficiales á quienes ganaban con dádivas, desaparecían, bien en el trayecto desde sus pueblos á Madrid, donde debían reunirse, ó desde este punto á Cataluña, donde iban destinados.

En este desatentado proyecto gastóse el donativo que la Junta de Hacienda había alcanzado, y como que reinaba la division entre los mismos Tenientes y las disensiones aumentaban entre el Almirante y el duque de Montalto, protegido cada uno, bien por la Reina y el confesor, bien por el Monarca, llegó un momento que se hizo necesario recurrir de nuevo á los donativos, lo cual sin producir un céntimo, pues todos los recursos estaban ya agotados, aumentó el descrédito y la animadversión contra los que tan desatentadamente gobernaban la nacion.

El cardenal Portocarrero, verdaderamente impresionado por las desdichas que afligían al país, en enero de 1695 había manifestado al Monarca la conveniencia de tomar algunas medidas para mejorar aquel estado, indicándole las personas que debían salir de Madrid por contrarias al bienestar del pueblo, «y sería en mí culpable omision, decía el Cardenal, no repetir á V. M. mi rendida súplica para que esta gente salga de los dominios de V. M., y en lo restante se dé planta conveniente para que estos reinos no se vean en el abandono que hoy se consideran, reconociéndose destruidos y arruinados, no por el servicio de V. M., sino por superfluidades y disposiciones indignas, estando atropellada y vendida la justicia y desperdiciada la gracia, debiendo ser éstas, bien dispensadas y observadas, la base fundamental con que se aliente el amor y servicio de V. M., que, como tengo dicho, ambas contribuyen á la total enagenacion del corazón de los vasallos, que es la mayor pérdida que V. M. puede haber; y están hoy desesperados de lo que ven, tocan y padecen, no conviniendo alligirlos más, pues públicamente y sin reserva alguna, están discurrendo muchas novedades, y con el celo de mis grandes obligaciones á V. M. no puedo omitir hacer personalmente esta representacion (1).

Pero á esto no se puso remedio porque presto se hacía mudar el carácter del Monarca, harto débil de por sí, por lo que Portocarrero, viendo que los males habían ido en aumento, dirigió nueva representacion al Rey en 8 de diciembre de 1696, en la cual de un modo enérgico y atrevido iba enumerando todos aquellos males con una claridad y una precision que no dejaba lugar á duda alguna.

«Han nacido éstos, le decía, de la candidísima conciencia de V. M., que deseando lo mejor, ha entregado su gobierno total al que la dirige y encamina.» «Pasaba luego revista, prosigue un historiador, á sus confesores: decía de Fr. Francisco Reluz que dirigía con acierto las cosas, pero que los poderosos enemigos de la Reina madre le apartaron de su lado para atraer al P. Bayona, hombre docto y resuelto, aunque excesivamente contemplativo, el cual murió luego. Que su sucesor, el P. Carbonell, varon docto y santo, había encontrado ya el daño muy arraigado, y por no poderle remediar se retiró á su obispado de Sigüenza. Que luego vino el P. Matilla, causa de la ruina de S. M. y del reino, el cual, despues de haber abusado como director de la conciencia del Rey para derribar al ministro Oropesa, y quedando dueño absoluto del Gobierno, se mantenía en él aterrando al timorato Monarca con ejemplos artificiosos sacados de Dios y de Luzbel, y con sutilezas sofisticas, confundiendo lo bueno con lo divino; que con mañosas artes había granjeado la gratitud de la Reina, y dominádola hasta disponer á su antojo de los destinos de palacio, y pasar por su mano la provision de todos los empleos públicos. Que sólo por antojo y por interes del confesor se había dado el escándalo de traer á la presidencia de la Hacienda á un hombre tan oscuro como D. Pedro Núñez de Prado, simple comisionado de un arrendador (decía el Arzobispo), haciéndole luego conde de Adanero y asistente de Sevilla. Que el tal Núñez de Prado había quitado á todos sus haciendas, suprimido todas las mercedes á viudas y huérfanos, otorgados por servicios hechos á S. M., negado el pago de las libranzas más legítimas, y hecho otras tiranías que arrancaban á todos el corazón. Que en el reino no faltaban riquezas, caudales, plata, joyas y tesoros, pero que el miedo lo tenía todo escondido. Que siendo las mismas las rentas reales, pues no se había suprimido ningun tributo, por lo ménos antes había una armada permanente y se mantenían ejércitos en Flandes, Milan, Cataluña, las Castillas y Galicia, ahora todo había desaparecido, perdiéndose no sólo los erarios

(1) M. S. de la Real Academia de la Historia.—Papeles de Jesuitas.

reales sino otro principal erario de los reyes, que es el amor de sus vasallos, todo por culpa «de ese fiero y cruel ejecutor de las tiranías del P. Matilla.»

Extepidase el Cardenal en otras consideraciones, terminando su mencionado escrito exigiendo, por decirlo así, que se pusiera remedio con toda urgencia á los males que afligían á la nacion, pues no era posible continuar escuchando los justos lamentos de aquel pueblo desgraciado.

Por este tiempo, la junta especial que el Rey había formado tiempo ántes para que dictaminara respecto á las competencias que venían suscitándose entre el tribunal de la Inquisicion y los Consejos reales, dió un extenso informe en el cual se advierten desde luego las nuevas ideas de aquellos hombres doctos, adivinándose, como dice muy bien un historiador moderno, que á partir de aquel momento el prepotente poder inquisitorial iba á entrar en el período de decadencia.

Entre tanto la guerra continuaba con Luis XIV, siéndonos desfavorable, como puede comprenderse, dadas las condiciones en que nos hallábamos, el éxito de ellas.

Defendíase obstinadamente nuestras tropas lo mismo en Flandes que en Cataluña; pero ¿de qué podían servir los nobles esfuerzos de aquellos soldados cuando se carecía de todo y cuando en la misma metrópoli no existían medios para auxiliarles?

El 3 de agosto de 1692 tuvo lugar en un punto llamado Steinkerke una sangrienta batalla, unico hecho importante, puede decirse, de la campana de aquel año, y que no pudo tener carácter decisivo, porque ambos adversarios experimentaron sensibles pérdidas, retirándose cada uno á reparar sus respectivos desastres.

En aquel mismo año tambien se verificó el célebre combate naval de la Hogue, en el cual quedó destrizada la escuadra francesa, señalando este desastre una de las épocas de decadencia de aquella marina y el principio de la importancia de la inglesa.

En 29 de julio del año siguiente volvieron á encontrarse en Neerwinde los aliados con los franceses, y aun cuando lo mismo éstos que los ingleses, alemanes, holandeses, italianos y españoles lucharon con obstinacion y con arrojo extraordinarios, la victoria quedó por Francia, constituyendo aquel hecho de armas uno de los principales laureles del mariscal de Luxemburgo.

Setenta y seis cañones, ocho morteros, nueve pontones, ochenta y dos estandartes y gran número de prisioneros cayeron en poder del enemigo, habiendo causado admiracion en esta batalla los españoles, que por tres veces rechazaron en el ala derecha el ataque del enemigo, que venía ya victorioso del resto del ejército.

Tambien en aquel mismo año rehabilitóse la marina francesa, destruyendo y apoderándose de la mayoría de la escuadra inglesa y holandesa que, cargada de provisiones de boca y guerra, hallábase cerca de Lisboa.

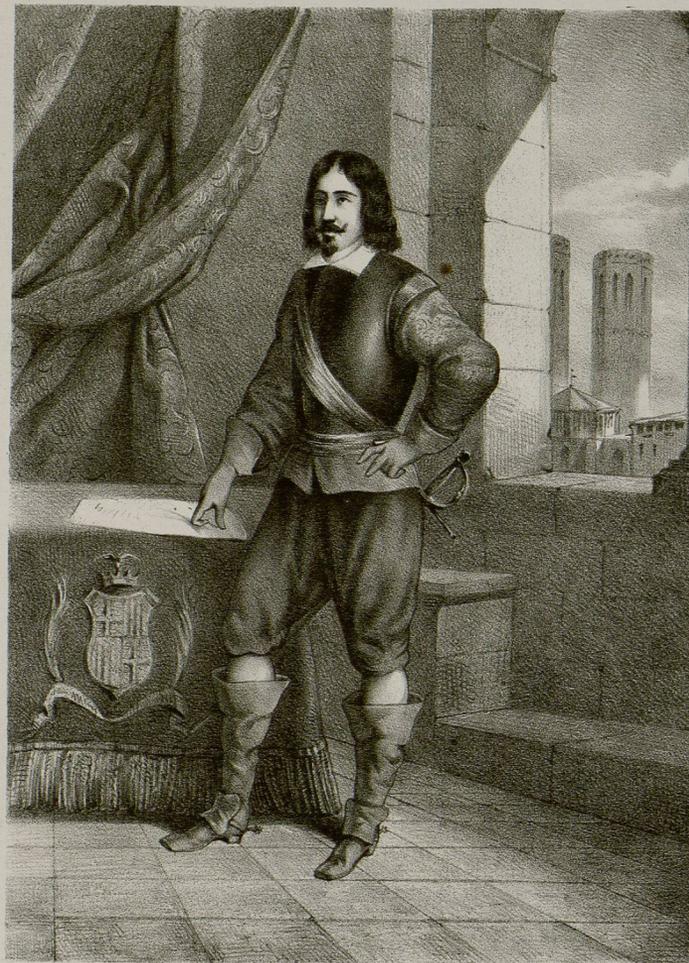
«La paz que propuso Luis, dice un historiador, al fin de este año, no fué aceptada por ninguna de las potencias, porque todas calculaban que ahora, como otras veces, no buscaba sino pretextos, ó para adormecerlas ó para sincerarse ante la Europa de sus usurpaciones. Así, pues, todos se prepararon para continuar la guerra. La de los Países-Bajos fué más notable en 1694, por la habilidad y la prudencia de los generales Guillermo de Orange y Luxemburgo, que por los hechos de armas; que de éstos no los hubo sino parciales, y las plazas de Huisse y Dixmude, que recobraron los aliados, eran de poca consideracion y estaban casi abandonadas; mientras aquéllos admiraron á la Europa por la manera hábil de hacer las marchas y contramarchas, de elegir las posiciones y campamentos, de asegurar los convoyes, de revolverse, en fin, dos ejércitos de ochenta mil hombres cada uno, casi siempre á la vista uno de otro, en un país de tan poca extension como lo era ya la Flandes española, sin dejarse sorprender nunca, y temiéndose y respetándose mutuamente.»

Pérdida de gran consideracion para Francia fué la muerte del mariscal de Luxemburgo, ocurrida en 4 de enero de 1695. Fué uno de los generales más queridos de sus soldados, porque sobre haberlos conducido tantas veces á la victoria, era para ellos un padre, y mil veces los había salvado de las privaciones con que les amenazaba la penuria del tesoro frances.

El príncipe de Orange no había podido ménos de reconocer su superioridad, y lo mismo el rey de Francia que sus soldados no pudieron ménos de llorar la pérdida de un general tan ilustre como el mariscal de Luxemburgo.

En vano fué que Villerroy, que había sucedido en el mando á Luxemburgo, hiciera toda clase de esfuerzos para apoderarse de Bruselas, dando lugar con la obstinacion empleada en esta empresa á que el príncipe de Orange se apoderase de la plaza y castillo de Namurs.

Todo el año de 1696 pasóse á la defensiva, por decirlo así, pues el rey de Francia había dispuesto que sus generales no hicieran más que tomar fuertes posiciones y mantenerse en ellas, y de este modo quien sufría horriblemente era el desgraciado país, sobre quien estaban pesando los ejércitos de unos y otros, que alcanzaban una cifra considerable.



J. SERRA, II.

Lp. VIDAL, OImo 27

D. JOSE BONEU, JEFE DEL TERCIO DE LA DIPUTACION DE BARCELONA

## CAPITULO CCLXXIX.

Escasas ventajas obtenidas por los aliados.—Cobardía del duque de Medinasidonia.—Sucédele en el mando el duque de Escalona.—  
Triunfos de los franceses en Cataluña.

Más de cinco años llevaban de lucha en Italia los aliados y los franceses, sin que ni unos ni otros hubiesen conseguido grandes ventajas, pues aun cuando la campaña de 1692 se presentó en mejores condiciones para los primeros que las anteriores, no fueron, sin embargo, las ventajas alcanzadas bastantes á compensar los gastos que había ocasionado.

El duque de Saboya es verdad que consiguió penetrar en algunas ciudades del Delfinado al frente de un buen número de soldados piemonteses, alemanes y españoles, pero tan luego se vió amenazado por la estación de invierno, abandonó aquellas plazas para retirarse á mejores cuarteles.

En 1693 la fortuna volvió de nuevo á mostrársele contraria, pues por espacio de cuatro meses estuvieron sitiando la plaza de Pignerol, y á pesar de los ataques repetidos y formidables que la dieron, á pesar de haber arrojado sobre ella cuatro mil bombas y otras tantas balas, no pudieron conseguir penetrar en ella.

Después, alcanzados los aliados por las tropas del mariscal Catinat, fueron derrotados con pérdida de seis mil hombres, veinte y cuatro cañones y una porción de estandartes y banderas.

Mas no por esto decaía el empeño de aquella lucha sostenida con un encarnizamiento extraordinario; á pesar de la gran penuria que en España existía, el marques de Leganes, que era gobernador de Milan, no dejaba de enviar refuerzos españoles al campo de los aliados, ascendiendo ya el número de éstos á diez y seis mil.

En el año de 1694 tenían los confederados un efectivo de cuarenta y cinco mil hombres, habiendo conseguido obligar á Catinat á permanecer únicamente á la defensiva, pero á pesar de esto, el duque de Saboya no supo sacar partido de lo ventajoso que tenía su situación.

Estuvo perdiendo miserablemente el tiempo en expediciones y proyectos infructuosos, sin intentar nada de provecho ni en el Delfinado ni en la Provenza, contentándose con la toma del castillo de San Jorge por única acción de importancia, aun cuando tambien debemos decir, á fuer de imparciales, que entre sus generales no existía la mejor armonía, y de aquí que no pudiese haber unidad ni concierto para las operaciones.

Todo el invierno había estado sitiando á Casal con doce mil hombres entre alemanes y españoles, y únicamente en 1695 consiguió apoderarse de ella y entregarla al duque de Mantua, á quien pertenecía.

Las disidencias entre tanto aumentaban entre los generales de la confederación, llegando al extremo de que ni el duque de Saboya ni el príncipe Eugenio, ni el marques de Leganes, que mandaban respectivamente los italianos, los alemanes y los españoles, acertaban á entenderse, por lo cual el duque de Saboya, disgustado de tantas desavenencias que entorpecían sus movimientos, se separó de la liga.

Entonces celebró un tratado con el rey de Francia en 30 de mayo de 1696, y finalmente, tanto España como el Imperio convinieron en que se declarase la Italia país neutral, en virtud de cuyo acuerdo, tanto los soldados alemanes como los franceses salieron del Piemonte.

Mas, no con esto había ganado nada nuestro infortunado país; lo mismo que en Italia y que en los Países-Bajos, los soldados españoles estaban peleando tambien en las orillas del Rhin y en Alemania, sino como los principales de las confederaciones, cual lo habían sido en pasadas épocas, como auxiliares, y auxiliares que se batían siempre en primera línea; pero no era esto todavía lo peor, sino que en España luchábamos tambien, y la fortuna nos estaba siendo contraria, á pesar de los esfuerzos y de los sacrificios que el país estaba haciendo.

Cataluña sufría de un modo terrible los males consiguientes á la fatal contienda empeñada tanto tiempo hacia, males debidos más bien á la impericia y á las faltas de los generales que á la flojedad y falta de entusiasmo del soldado.

En 1692, el mariscal Noailles, que había quedado con escasas fuerzas, no tuvo otro remedio que retroceder, y cuando tan oportuna ocasión se le presentaba al virey de Cataluña, duque de Medinasidonia, para apoderarse y recobrar todo el Rosellon, que no podía defender el frances por su escasez de tropas, abandonó las posiciones que ocupaba en las montañas que dividen aquellas comarcas, dando lugar así á que el frances penetrase en el territorio catalan, sin pensar siquiera en lo mucho que hubiera podido hostilizarle en el paso de aquellos desfiladeros.

Es verdad que el duque de Medinasidonia pensaba, y así lo había manifestado varias veces, que el único remedio que existía en la situación en que se hallaban las cosas de España era el hacer la paz con Francia á todo trance, y sin duda por esta razon no accedió, como podía haberlo hecho, á socorrer la plaza de Rosas, que sitió el de Noailles, auxiliado por la escuadra del conde de Estrées, dando lugar á que aquella importante posición cayera en poder de los enemigos con tan poca honra para el nombre español.

La corte de Madrid comprendió al fin que no era el de Medinasidonia el general que necesitaba en aquellas provincias, y pensó en relevarle, mas en el nuevo elegido demostró una vez más la

falta de tino de que tan repetidas pruebas, segun hemos tenido ocasion de ver, había venido dando.

El duque de Escalona no aventajaba en talento ni en osadía á su antecesor, pero le superaba en una imbecil confianza de que pronto supo castigarle su resuelto y entendido adversario.

Cuando recibió los cuerpos de reclutas que le enviaban de Castilla, reclutas que ni aun sabían el manejo del arma siquiera, había dicho, lleno de jactancia y ridiculo orgullo: «con veinte mil soldados españoles no hay que temer,» sin pensar siquiera que aquellos veinte mil soldados en un día de acción habían de ser sus peores enemigos, si es que él podía tener un enemigo peor que su propia confianza.

El mariscal de Noailles, en mayo de 1694, reuniendo un ejército poco mayor que el español, pasó á acampar en Torruella de Montgrí, á orillas del Ter, y apenas lo supo el duque de Escalona, marchó á atacarle, sin conocer lo desventajoso de su situación, dadas las condiciones en que se hallaban sus soldados.

Pero si él no supo comprender esto, su adversario en cambio lo conoció, y lanzándose de improviso sobre los bisonios soldados del Virey, los arrolló inmediatamente, y tal pánico infundió en ellos, y de tal modo corrieron que, á pesar de haberles ido siguiendo los franceses por espacio de cuatro horas, no pudieron alcanzarlos.

Únicamente quien se condujo con bizarría en aquella desgraciada jornada fué el catalan D. José Boneu, que mandaba el tercio de la Diputación, y que ya en otras empresas había acreditado que tenía tanto valor como prudencia.

Sobre tres mil hombres nos costó la imprudente confianza del duque de Escalona, todas las tiendas y bagajes, la plata y la correspondencia.

Las consecuencias de la victoria de Noailles no se hicieron esperar mucho, pues á los pocos días se hallaba sobre Palamós, que no tuvo más remedio que capitular, por haber impedido la llegada de los auxilios con que contaba la escuadra de Tourville.

Otros tres mil hombres que quedaron prisioneros nos costó la pérdida de Palamós, desde cuyo punto marchó el mariscal frances á poner sitio á Gerona, que tan gloriosos timbres había adquirido en otras circunstancias análogas.

El Virey podía haberla auxiliado, pero con sobrada astucia hizo el de Noailles correr la voz de que iba á caer sobre Barcelona, y engañado el general español abandonó á toda prisa la plaza amenazada, por la que no lo estaba todavía, y de este modo se encontró Gerona completamente desamparada.

En semejante estado, y habiendo sufrido la defección de D. Juan Simon, que estaba encargado de la defensa de uno de los fuertes, entrególa D. Carlos Suere bajo condiciones bien poco ventajosas, sin haber ántes contado con la población para adoptar un partido semejante.

Satisfecho el monarca frances con el buen éxito de las operaciones de Noailles, le nombró virey de Cataluña, de cuyo cargo tomó posesion en 9 de julio, con un aparato y una ostentacion extraordinarios, sin tener en cuenta que todos aquellos triunfos se los había facilitado más bien la nulidad de nuestros generales que no sus esfuerzos y su pericia militar.

Lógico era que el mayor temor se apoderase del virey duque de Escalona y de sus tropas, temor del cual supo aprovecharse perfectamente su adversario para caer sobre la plaza de Hostalrich, que se le rindió sin haber empleado grandes recursos para defenderse, siguiendo tambien igualmente Corbera y Castellfullit, quedando prisionera la guarnicion de este último punto.

Los migueletes y paisanos, más indignados que el mismo Virey, por los rápidos progresos de los franceses, se reunieron tumultuariamente para ver de recuperar á Hostalrich, pero llegó á reunirse con ellos el Virey, y como si su presencia fuese suficiente para desbaratar el plan mejor concebido, atrajo hacia sí la atención de Noailles, que se puso en movimiento para caer sobre él, con cuya noticia todos se retiraron y no se pudo recuperar la plaza.

El Virey, no queriendo confesar su ineptitud, manifestaba á la corte que se hallaba sin fuerzas que oponer á los franceses y que los naturales del país no le ayudaban tampoco, siendo tal su miedo á los franceses, que esto los había favorecido para la obtencion de los triunfos que hasta entonces tuvieron; pero en la corte comprendían la verdadera causa, y se le hizo entender que debía renunciar el vireinato, y en su lugar nombróse el marques de Gastañaga.

Semejante nombramiento en una persona que, lo mismo en Flándes que en Italia, había demostrado su falta de valor y de habilidad, no argüía que en la corte se hubiese aprendido algo en vista de los resultados obtenidos con los anteriores generales, y las consecuencias de tan repetidos errores no tardaron mucho en tocarse.

Encerróse el nuevo Virey con las tropas en las plazas, y encomendó á los somatenes y migueletes la defensa exterior, y merced á esto volvieron los franceses á ser molestados con aquella incesante persecucion, con aquella guerra de emboscadas y escaramuzas que no les dejaba sosiego un instante, y que sin obligarles á un combate formal les diezaba sus filas, les interceptaba convoyes y comunicaciones y los tenía en perpetua alarma.



LA GUARNICION DE BARCELONA SALIENDO POR LA BRECHA